



Sobre la filosofía: 1950-1980

Gilbert Simondon

Cactus, Buenos Aires, 2018, 445 págs.

Por **Fernando Tula Molina** *

1. Primeras investigaciones: 1953-1955

Tempranamente Gilbert Simondon adopta una mirada que también interesará a Gilles Deleuze, es decir, la que aspira a “lograr una unidad sistemática de la multiplicidad, entendida como una serie abierta e indefinida de fenómenos plurivalentes” (p. 34). Puede decirse, también, que ambos reniegan del pensamiento tanto *a priori* como *a posteriori* y abogan por un pensamiento presente que “vuelve sobre sí para ser a la vez anterior y posterior en relación a sí mismo” (p. 24); algo que Deleuze —siguiendo en buena parte a Foucault— llamó “pliegue”. Se trata de un pensamiento de naturaleza problemática que surge de situaciones vivenciales, cuya resolución —en ocasiones extremas— exige un cambio de plano o “metabasis”. La consecuencia de este abordaje es que los cambios más fecundos se producen cuando la resonancia interna del individuo pasa a una fase crítica. Simondon toma de la cibernética el “esquema del modulador” para desarrollar los modos en que pueden realizarse tales cambios de plano. Establece con ello una relación original entre cibernética y filosofía que lo lleva a postular a la teoría de la información como modelo filosófico.

275

El esquema del modulador supone una causalidad triple: la forma-señal como causa formal, la energía de alimentación como causa energética y la estructura que condiciona las transformaciones como causa estructural. El dominio de aplicación de tal esquematismo es el de los “sistemas hólicos”, es decir, aquellos “cuya actividad es modificada de una manera permanente por sus resultados”. Esto hace que su relación con el mundo esté integrada al despliegue del sistema, el cual deviene mecanismo teleológico. A tales sistemas Simondon les reconoce dos propiedades centrales:

* Investigador adjunto, CONICET, Argentina. Profesor titular, Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), Argentina. Correo electrónico: ftulamolina@gmail.com.

restablecer un orden entre ciertos límites e invertir la estructura del sistema cuando se franquea un umbral crítico.

De este modo, la cibernética podrá concebirse como la “toma de conciencia filosófica de una problemática espontánea, cuyo terreno es una tecnología universal” (p. 42). Ahora bien, la información en Simondon es un dato complejo. En primer término, porque antes que un “dato” se trata de un “proceso” cuyo dinamismo remite a las tensiones inherentes al terreno prereflexivo. Por otra parte, Simondon señala la existencia de un elemento azaroso en el propio umbral que separa lo espontáneo y lo reflexivo. En definitiva, “La información no se crea *ex nihilo*, sino que es producida por etapas sucesivas de conversiones de operación en estructuras y estructura en operación” (p. 30). Por ello mismo, para hablar de individualidad deberemos referirnos a un umbral crítico que pertenece a un sistema mayor o, en otros términos, asociado a las funciones que lo constituyen. En el caso de los seres vivos, Simondon señala la posibilidad que tienen de cambiar de estructura —para triunfar ante una problemática— por lo que dirá que se trata de individuos policristalizables.

¿Cuál es el alcance de este modelo? Simondon especula que incluso la sociología podría recibir un nuevo impulso a partir del método cibernético, dado que permite definir el nivel crítico a partir del cual un grupo deviene sociedad. En este sentido, cree posible establecer un contrapunto frente al modelo de causalidad por “imitación” postulado por la microsociología de Gabriel Tarde. En su lugar, Simondon propondrá considerar una relación funcional, complementaria, que se puede llamar “densidad social” (p. 59).

276

2. Corrientes y nociones: ca. 1950-1963

Al presentar las principales corrientes de filosofía francesa, Simondon comienza por H. Bergson (1859-1941), otro fuerte punto de contacto con Deleuze. Y ello no solo por su rechazo de la concepción positivista del tiempo progresivo, sino por la centralidad que en ambos cobra la duración individual. Simondon la define como “la unidad del yo profundo que abarca la intuición del impulso vital”. A partir de la duración —o despliegue de tal impulso— será posible concebir un modelo tanto cognitivo como metafísico basado en la participación. El bergsonismo marcará el retorno de lo social a lo individual y de lo cuantitativo a lo cualitativo. Por esta vía, Simondon tomará distancia tanto de la fenomenología como del existencialismo sartreano y procurará alcanzar una posición que considera intermedia: “acompañar el despliegue de los procesos a través de una información iluminada por todas las ciencias del hombre” (p. 139).

Para ello, se ubicará en la línea del paleontólogo y filósofo francés Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) y su descubrimiento de la “dimensión vertical” o “noosfera”. Se trata de pensar la humanidad como una totalidad dinámica que se despliega en el tiempo y el espacio. Tal despliegue consta de un cierto ritmo, determinado por sus fases positivas y negativas. Por ello, el progreso en el conocimiento deberá concebirse a partir “del sí y el no” propio de las situaciones vivenciales. Estas involucran tanto potenciales —que tienden hacia la unidad— como barreras que frenan tal tendencia.

Son situaciones en las que subjetividad y la objetividad quedan reducidas a términos extremos, de situaciones que se caracterizan mejor como “intersubjetivas” e “interobjetivas”.

Este posicionamiento marca un desplazamiento en la manera de entender la evolución. Ya no se tratará de concebir un movimiento presente en todas partes, sino de “una realidad que se desplaza en el sistema de que cambia de nivel y de modalidad” (p. 165). Se trata, entonces, de un proceso complejo que construye por ciclos y puestas entre paréntesis. A diferencia del modelo dialéctico, este abordaje otorga valor de positividad a ambas fases; incluso la degradación es vista como necesaria para el florecimiento. Por otra parte, Simondon destaca cómo los resultados de la antropología francesa refuerzan la importancia cognitiva del principio de participación, superador del principio de “no contradicción”. Tal es el caso de los estudios de L. Lévy-Bruhl (1857-1939) sobre la mentalidad primitiva, y los de C. Lévi-Strauss (1908-2009), quien propusiera concebir la verdad humana a partir de un “sistema de diferenciación”.

Ahora bien, las semejanzas con Deleuze se convierten en aparentes una vez que consideramos a qué proyectos filosóficos están asociadas. Si bien participaron del mismo ambiente intelectual, Deleuze se encaminará a un proyecto de desfundación radical de la filosofía, mientras que Simondon tomará la dirección contraria, es decir, la que aspira al enciclopedismo filosófico. ¿En qué consiste ser enciclopedista? Ya en 1950 Simondon tenía su respuesta: “ser enciclopedista es definir al hombre por su operación y no por su estructura” (p. 115). A diferencia del diccionario, la enciclopedia busca unificar operaciones y descubre en la pedagogía la operación humana fundamental. Esto no impide, de todos modos, que puedan volver a encontrarse en la manera de concebir el comportamiento ético. Para Simondon, este consistirá en “cultivar en uno mismo ese sentido de la participación en la totalidad humana” (p. 72), algo que Deleuze —en *Lógica del Sentido*— llamó “no ser indignos de lo que nos toca” (2008, p. 157). Se trata, a la vez, del despliegue de un sentimiento positivo que permite que nuestras fuerzas sean “giradas hacia el exterior, capaces de aportar un mensaje o una modificación positiva en la existencia del Otro”. Este sentimiento, que da contenido a la noción de “generosidad”, tiene en ambos una esencia spinozista: “la alegría del devenir creador consciente de su actividad” (p. 106).

277

3. Estudios de historia del pensamiento y de epistemología: 1953-1980

¿Cuáles son las fases de la historia del pensamiento? Simondon reconoce dos: antigua y moderna. La primera se inicia con el descubrimiento pitagórico del acorde armónico como modelo de inteligibilidad. Este comienzo tendrá para Simondon valor paradigmático, dado que la inteligibilidad por la estructura estática proviene de la capacidad selectiva del fenómeno de “resonancia”. La segunda fase tomará como centro el mecanicismo cartesiano.

A nivel epistemológico, Simondon distinguirá dos tipos de ciencia: individual y colectiva. Mientras la primera, siguiendo el método matemático, se apoya en el principio de identidad y de tercero excluido, la ciencia colectiva se basa en los principios de equivalencia y de convertibilidad. Serán tales principios los que legitimen

la “inducción analógica”, es decir, la que no requiere de identidad estructural para establecer relaciones de equivalencia funcional. En otros términos, se trata de una analogía que debe entenderse a partir de “una identidad de relaciones y no de una relación de identidad” (p. 182).

Simondon plantea la necesidad y urgencia de construir una nueva teoría cibernética llamada “allagmática general”. Acorde a su proyecto enciclopedista, se trata de una teoría general de las operaciones que busca sintetizar la cibernética en sentido tanto axiológico como cognitivo. No hace falta resaltar lo ambicioso del proyecto. La universalización de la epistemología basada en el modelo cibernético busca dar cuenta —de modo tanto genético como sistemático— de las tres funciones de base del sujeto: conocimiento, motivación y voluntad.

Queda mucho por hacer, principalmente “canalizar en el sujeto del conocimiento, la carga no cognitiva de las funciones afecto-emocionales, y por reflexionar sobre los contenidos que no se reducen al estudio de la materia: energía e información” (p. 323). En tanto teoría de la información, el aporte de la cibernética no se refiere al su estudio directo, sino a sus transformaciones operacionales: “codificación, cifrado, descifrado, modulación, demodulación, teoría del ruido de fondo, conversión de señal sinusoidal en señal por impulsos” (p. 173). Será esta teoría la encargada de definir la relación entre estructuras y operaciones, convirtiéndose en la ciencia de los *pasajes* o *conversiones*, algo que —de modo más general— Deleuze elaboró junto a Félix Guattari en *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia* como teoría de las “máquinas abstractas” y llamó “mecnósfera” (Deleuze y Guattari, 2002, pp. 73-78).

278

En definitiva, Simondon procura desarrollar una teoría de los seres organizados a la vez filosófica, científica y técnica. Su hipótesis, como también será la de Deleuze, consiste en que la serie de la que surge el conocimiento —sus diversas fases— está presidida por un acto inicial que tiene un sentido “autoconstitutivo” y “autonormativo”. Este acto supone un fondo referido tanto al ser como al saber, por lo que es necesario admitir “funciones de totalidad”. Se trata de un planteo que revaloriza el método genético, como aquel que aprehende tanto la figura como el fondo de la situación real. Por su intermedio, Simondon buscará establecer “la metafísica como *conditio essendi* de la Moral y —recíprocamente— la Moral como *conditio essendi* de la metafísica” (p. 202).

4. Alcance filosófico de la técnica: textos inéditos, complementarios a *El modo de existencia de los objetos técnicos*

Para Simondon la concentración industrial del siglo XIX enseña que el contacto con el universo está roto. Para enfrentar esta situación, busca hacer renacer un “tecnicismo reflexivo” a partir de la formación de un “gusto técnico” que haga de las técnicas “no solo un conjunto de medios para actuar, sino también una comunicación con el objeto” (p. 370). Tal tecnología reflexiva atribuye a los objetos técnicos un doble papel paradigmático: como modelo de inteligibilidad, explicar es descubrir el funcionamiento de las estructuras elementales; y como vía para universalizar las normas del juicio técnico a partir del modelo del automatismo.

Este modelo supone una causalidad circular entre la transformación directa, o “modulación”, y la modulación recurrente, o “diferenciación”; otro punto de contacto con la filosofía deleuziana. Ahora bien, para que este modelo tenga consecuencias humanas debe poder modificar las normas y crear una ética. Será en el último ensayo donde Simondon aborde la espinosa cuestión de cómo conectar ciencia universal y moral universal, teniendo en cuenta que una está fundada en un universal positivo y la otra en uno negativo. Para ello planteará la neutralidad del “universal técnico” como el justo medio. Efectivamente, el universal técnico se inserta entre la ciencia y la acción, conservando de la primera la relación con el mundo y sus leyes, y de la ética su orden de finalidad.

Bajo este esquema, un pensamiento moral profundo no juzga y solo puede ser algo optativo. Es decir, más que juzgar otros modos de existencia, se trata de la posibilidad de que el individuo entre en el orden transindividual, a partir de su capacidad de juzgarse y sobrepasarse a sí mismo. El acto humano será concebido como aquel que enfrenta la normatividad constituida por medio de cierto poder que se podría llamar “normatividad implícita constituyente”. Para Simondon el acto responsable será aquel que realice una sinergia entre la normatividad constituyente y la normatividad constituida. De modo general, es el todo del acto el que unifica la vida humana; “en el reposo como en el gesto eficaz, en la integración como en la diferenciación” (p. 420).

Bibliografía

Deleuze, G. (2008). *Lógica del Sentido*. Buenos Aires: Paidós.

Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pretextos.